cia." (1)—Tened vuestra alma en estado de desear siempre que el Evangelio sea verdadero, que su autor sea Dios, y jamas dudareis de él.

Hay, no obstante, una segunda causa de la resistencia de ciertos espíritus á la demostracion evangélica, y que depende, como dijimos, de *una disposicion racional.*

Ecsiste en nuestra naturaleza un principio que rechaza las pruebas de un hecho y su demostracion, cuando las consecuencias que el hecho envuelve parecen imposibles ó absurdas. Las pruebas esteriores, consideradas con atencion, tienen la fuerza suficiente para convencer al hombre de la verdad de un hecho cualquiera, mientras no haya aquel rechazado anteriormente este hecho en sí mismo, sin ecsaminar las pruebas, declarándolo imposible. Esta idea de imposibilidad forma en él como un motivo de no admision prejuzgable de sentido comun, contra cuyo motivo se estrellan con frecuencia todos los rasgos de la evidencia estrínseca. Ya se conoce cuán peligrosa debe ser semejante disposicion, y á cuántos efectos de ignorancia y error daria orígen en cualquiera ciencia, si nos dejáramos llevar absolutamente por ella. Basta observar que en las mismas ciencias naturales hay muchas proposiciones ó fenómenos que parecen contradictorios ó imposibles, antes y á veces aun despues de la demostracion de su certidumbre. Principalmente en materias religiosas seria absurdo dejarse guiar por ella, pues estas materias son por naturaleza misteriosas, y jamas pueden dejar enteramente satisfecha nuestra comprension. Y como el espíritu humano se siente naturalmente inclinado á calificar de imposible lo que no comprende, la verdadera religion no podria tener nunca ningun género de prueba, si las pruebas estrínsecas de su divinidad pudiesen ser dominadas por esa pretendida razon de imposibilidad de su verdad intrínseca. Sin embargo, la gran causa secreta que paraliza el efecto de la demostracion evangélica en muchos entendimientos deistas, es la que acabamos de indicar. No quieren decir absolutamente que le es imposible á la razon comprender el que en una circunstancia cualquiera haya querido Dios manifestar su accion inmediata, porque esto seria contradecir la verdad que ellos mismos reconocen respecto de la creacion del mundo. Tampoco pueden decir que los hechos evangélicos, de los cuales resulta esta accion inmediata, son falsos; á lo menos nada tienen que objetar á las pruebas que en su favor aducimos; quieren decir tan solo, que atendido el objeto y la estructura intrínseca del cristianismo, es irracional suponer que pueda ser objeto de una intervencion directa del cielo (2).

Aun cuando esta preocupacion no sea, como hemos ya demostrado, legítima en sí misma, nos parece que los apologistas cristianos no han sacado de ella todo el partido que debian, y que sin pretender reducir la sustancia misteriosa del cristianismo á las proporciones de la razon humana, lo cual seria contradictorio, no han cuidado bastante de hacer ver que el cristianismo considerado en sí mismo no era ni absurdo ni contrario á la razon. Se ha confiado demasiado esclusivamente en su evidencia estrínseca. Se ha querido probar demasiado, y se ha descuidado lo principal, que era persuadir. Finalmente, se ha separado demasiado las pruebas intrínsecas de las estrínsecas. Esto nos esplica en gran parte la incredulidad, pues generalmente los espíritus fuertes no conocen la sustancia del cristianismo, y descuidan por esto ó desprecian el punto esencial sobre el cual el mismo Dios fundó su admisibilidad, y por el cual nos invitó á la creencia.

Es verdad, como tambien observamos en otro lugar, que acaso los espíritus jamas hasta ahora habian estado en tan buena disposicion en favor de este estudio intrínseco. En los siglos de fé era esto demasiado prematuro, y quizás hubiera habido peligro en que se hubiese apelado con anticipacion al ecsámen filosófico de los dogmas, conocidos entonces por medio de la instruccion tradicional, y sobre todo por su frecuente participacion. En el siglo de incredulidad que de repente les sucedió, era lo mismo demasiado tardío; y no aspirando el furor de las precauciones filosóficas mas que á destruirlo todo y á mofarse con una lijereza sacrílega de las divinas verdades, lo mejor que podia hacerse era encerrar á éstas dentro del santuario y defenderlas en el esterior. Tan solo en nuestros dias, en que una reaccion religiosa ha empezado á introducir, si no la fé, á lo menos la buena fé en los espíritus; en que hay deseos de creer, si no se cree aún; y en que á toda la ignorancia de los tiempos de inocencia, se juntan todas las ecsigencias filosóficas de los tiempos muy adelantados; en nuestros dias, repetimos, el estudio intrínseco se ha hecho posible, y por consiguiente las pruebas estrínsecas adquieren por este medio una fuerza enteramente nueva.

Aunque son estas suficientes para demostrar que Dios habló, apoyándose en la autoridad de los hechos sobrenaturales de que su palabra va siempre acompañada, por mas concluyente que sea esta prueba, no puede ella producir todo su efecto mientras quede en los espíritus algun resto de la preocupacion de que la doctrina cristiana, objeto de aquella divina palabra, repugna á la razon. Demostrar que esta doctrina no repugna á la razon, es, pues, remover el obstáculo que estorbaba la senda de las pruebas estrínsecas, es prepararla para

(1) Emilio, lib. 4.

(2) El ilustrado presbítero de Gourey esponia perfectamente esta estravagancia de la incredulidad de su tiempo, semejante en este punto, como en todos los demas, á la incredulidad de los primeros siglos del cristianismo. "Fieles imitadores de *Celso*, decia, los incrédulos han seguido constantemente la secta que aquel les habia trazado, y nunca han querido entrar en la verdadera, que hace tantos siglos les mostraba *Orígenes*. Evitan la discusion de los hechos incontestables segun todas las reglas de la certidumbre histórica, y que demuestran con evidencia la divinidad de Jesucristo y de su religion, porque no pueden impugnarlos; y como tampoco pueden debilitar las inducciones victoriosas que de ellos deducimos, procuran no tocarlos. No se trata, dicen, de ecsaminar si son ó no efectivos, sino de si la doctrina y los misterios que en ellos se apoyan, son dignos de Dios y están conformes con la razon.... Así, por un capricho estravagante que únicamente el interés de una causa desesperada puede sugerirles, se obstinan en hacer á la razon juez de lo que está manifiestamente fuera del dominio de la razon, y no quieren servirse de ella para comprobar los hechos ciertos y decisivos que están al alcance de la razon." [*Antiguos apologistas de la religion cristiana*, tom. II.]

creer en ellas. Manifestar desde luego que el cristianismo no es absurdo, que es razonable y hasta que brilla con apariencias enteramente divinas, es introducirse ya en el camino de que es divino en efecto, y predisponer los lectores á las pruebas incontestables de este último punto. He aquí lo que hemos hecho en la segunda parte de nuestros *Estudios*, que forma de este modo la *preparacion evangélica*, relativamente á la última parte que será su *demostracion.*

Por mas misteriosa que permanezca en su fondo la doctrina cristiana, sostiene siempre por sí misma su divinidad á los ojos de la razon, como hemos podido esperimentarlo en el ímprobo trabajo que sobre ella llevamos hecho. Despues de este trabajo, y penetrados aún de la admiracion que en nosotros escitó, ¿cómo podriamos resistirnos á admitir la prueba de que esta doctrina procede en realidad del cielo?

ESTO DEBE SER ASÍ: tal es el resultado de lo que precede.

ESTO ES ASÍ: tal será el resultado de lo que sigue.

Dejamos sentados ya los firmes cimientos de este resultado en la parte preliminar, tratando *de la inspiracion de Moisés por medio de las ciencias,—de la naturaleza humana,—de la institucion de los sacrificios,—de la esperanza universal del libertador,—de las circunstancias de la venida y del reino de Jesucristo.*—Y estos solos cimientos pudieron autorizarnos para deducir desde luego la divinidad del cristianismo.

Ahora, empero,—despues de habernos despojado de toda falsa y mezquina prevencion contra el cristianismo estudiándolo en su sustancia,—vamos á volver á este órden de pruebas, valiéndonos de los hechos que tocamos al comenzar; con la única diferencia que en la primera parte eran hechos preliminares, universales y generales, y ahora serán hechos inmediatos, particulares y especiales.

El estudio intrínseco del cristianismo, que, á nuestro modo de ver, ha debido ser la parte principal y como el alma de la obra, se encontrará de este modo como envuelto dentro de un cuerpo de pruebas sensibles. Aquella alma y este cuerpo obrarán recíprocamente uno sobre otro, hasta satisfacer á la vez todas las ecsigencias de nuestro espíritu, apoderarse de él enteramente, y no dejarle ningun motivo fundado de resistencia á una verdad tan amplia, tan diversa y abundantemente comprobada.

La parte de esta vasta demostracion que nos queda por presentar, es la menos nueva, y ha sido tantas veces y tan ventajosamente tratada, que hubiéramos podido remitir los lectores á las escelentes obras de l'Abbadie, de Houtteville, de Duguet, de Bergier, de Freyssinous y de Duvoisin; pero nos hemos decidido á tratarla de nuevo para ponerla de acuerdo con el todo de nuestros *Estudios* y con las disposiciones actuales de los espíritus, menos contenciosos y mas accesibles á las razones de sentido comun y de evidencia natural. No tendremos, pues, necesidad de penetrar mucho en las críticas detalladas, y nos bastará presentar el sumario de cada cosa de por sí: lo restante se irá cayendo por su propio peso, y podrá encontrarse ademas en las sabias apologías que hemos indicado.

CAPITULO II.

JESUCRISTO.

I. "Aun bajo el punto de vista filosófico, el cristianismo no es tan solo una mera concepcion de la inteligencia, es algo mas: es un hecho, *el mayor de todos*, hecho que tiene por centro *la persona del Cristo*, del Cristo *tal como nos le representa el Evangelio.*" (1)

Este hecho positivo sirve de apoyo á una grande inteligencia que, cansada de sus estravíos por las regiones de la duda, acaba de reconocerse para volver á la verdad y descansar.

Dogmatícese ó filosófese cuanto se quiera, siempre descollará por encima de todo un hecho sobre el cual es forzosamente necesario formarse una opinion y tomar partido.

Sobre esta tierra que nos sostiene, entre todos los hombres que por ella han pasado y dejado impresas sus huellas, hay UNO que vivió, habló y obró, y fué visto, oido y tocado: el lugar, la época y la duracion de su ecsistencia, y los hechos principales que la distinguen, todo es cierto, preciso, positivo, como el hecho que tenemos actualmente á nuestra vista. Dudar de la ecsistencia y de los principales hechos de Sócrates seria locura: pues bien, *los hechos de Sócrates están menos atestiguados que los de* JESUCRISTO (2).

Sócrates, Alejandro, César, Carlomagno, y todos aquellos cuya ecsistencia está mas comprobada por la accion que imprimió en el mundo, todos esos hombres entraron en el dominio de la historia hace mucho tiempo; terminaron su vida, cediendo la escena de los sucesos á otros que la cedieron á otros á su vez, y lo mas que ha sucedido es, que un amigo ó un discípulo fiel se haya acordado de ellos durante una generacion. Ni siquiera el odio ha sido duradero sobre su memoria, y la impasible posteridad ha consagrado la nada absoluta donde entró su ecsistencia por medio de la misma imparcialidad de sus juicios. No vayamos tan lejos: entre los mismos hombres que nosotros hemos visto, hay uno que puede servir de comprobante á la reflecsion que estamos haciendo, y que durante su vida se la habia aplicado á sí mismo: ¡Napoleon! ¡Qué estrépito no movió! ¡cuántos espacios no llenó su fama! ¡en cuántos acontecimientos no fué autor! ¡Jamas ecsistencia alguna fué mas vasta, mas agitada, mas colosal! nosotros mismos lo vimos: pues bien, ¡cuántos de nosotros pueden decir en la actualidad:—*No he hecho mas que pasar, y ya no ecsistia!*—¿Quién se conmueve á su recuerdo?.... Entró para siempre en la nada, y los mármoles que cubren sus restos son

(1) Schelling, *Discurso de apertura*, Berlin.—*Revista independ.* del 1.° de Mayo de 1842.

(2) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

menos frios que lo están los espíritus respecto de tan grande hombre.

La persona de Jesucristo tiene otra certidumbre, un destino bien diferente, una certidumbre y un destino únicos entre todos. Despues de diez y ocho siglos que vino á la tierra, puede decirse que no ha desaparecido de ella todavía; ocupa aún la escena, se halla incesantemente *en presencia del siglo*. En la actualidad, muchos millones de hombres darian la vida por él, mientras otros conspiran contra todo lo que le pertenece. Por todas partes hay quien se agite, ya para atacarlo, ya para defenderlo; y en medio de todo, él es el objeto capital de todas las discusiones, de todas las resoluciones, de todas las afecciones simpáticas y antipáticas de la humanidad. La historia no ha podido apoderarse de él todavía: todavía no tiene posteridad; y despues de tanto tiempo, no se encontraria ni una sola mano que fuese bastante imparcial para trazar lo que se llama su *retrato*. Solo á los evangelistas estaba reservado el prodigio de tan sublime imparcialidad.

¡Los hijos de los cruzados lo arrebatarán á los hijos de Voltaire! esclamaba no ha mucho la voz animada de un noble Par, desde lo alto de la primera tribuna del mundo; y estas palabras fueron acogidas por todos los órganos de la opinion en Francia y en Europa, como el *manifiesto* de la lucha que agita todos los espíritus y cuyo motivo es Jesucristo. Y no es esta lucha el *renacimiento* facticio de una situacion antigua, sino la continuacion no interrumpida de la que estalló en torno del mismo Jesucristo, que fué causa de su suplicio, que le hacia decir á sus discipulos: *¡Confidite, ego vici mundum!* y que no se ha acabado aún.—*¡Voltaire!* ¡los *cruzados!* El anacronismo que resulta de la amalgama de estos dos nombres, espresa toda la impotencia del tiempo sobre la persona de Jesucristo, y la permanencia de su accion al través de las vicisitudes de todas las edades.

Destruid todos los monumentos históricos, y queda anulada la certidumbre de los hechos de la vida de César, y casi de la de Napoleon; mientras que le certidumbre de la vida de Jesucristo sobreviviria todavía, porque subsiste en un hecho siempre vivo y actual, el cristianismo.—El cristianismo (no entendemos por este nombre la doctrina sola, sino la sociedad cristiana) ecsiste; ecsiste, no en un rincon oscuro y desconocido, sino en todas partes; en Francia, en Europa, al otro lado de los mares, por todo el mundo. Ecsiste, no en la superficie, sino en el corazon de las cosas; es el alma de la civilizacion, de las costumbres, de las leyes, de los hábitos y de las instituciones: todos nosotros somos, de buen grado ó contra nuestra voluntad, espresion suya, producto de su influencia, y todos los dias engendra en nosotros ideas y gérmenes nuevos, de lo cual él es el principio y móvil. Negarlo es negarnos á nosotros mismos. Pues bien, este hecho, el mas inmenso y arraigado de todos los hechos, del cual todos los otros no son mas que accidentes, este hecho tiene por centro y punto de partida, la persona del Cristo, el Cristo solo. La vida y ejemplo de Jesucristo son el tipo del cristianismo, y es ocioso buscarles otro; sin él el cristianismo no es nada, y con él es Jesucristo mismo aplicado á los hombres, sin interrupcion en toda la série de diez y ocho siglos.

El hecho de la aparicion de las diversas circunstancias que componen la vida de Jesucristo, no es un hecho pasado ya como todos los demas hechos históricos, cuya certidumbre solo se apoya en testimonios que no ecsisten hace ya mucho tiempo. Es un hecho continuo, siempre ecsistente, siempre en accion, que todavía está pasando á nuestra vista; y cada acto, cada acontecimiento imputable al cristianismo, debe atribuirse á Jesucristo, proviene de él, es él mismo.

En fin, aun cuando no miremos las cosas mas que bajo el punto de vista humano, puede asegurarse que esa accion confirmativa de Jesucristo, que no ha cesado durante los últimos diez y ocho siglos, no cesará en adelante, y que los siglos futuros mas lejanos la verán como nosotros, tan viva, tan actual como es ahora, como ha sido desde su aparicion en el mundo.

Ninguna certidumbre puede, pues, compararse á la certidumbre de Jesucristo; y son de tal naturaleza los caracteres que la distinguen, que entre todos los hombres á él únicamente pueden pertenecerle; nos dan de él no solo la idea mas positiva, sino la mas sobrehumana que podemos concebir, y hacen que las mismas razones que prueban su ecsistencia, prueben al propio tiempo su divinidad.

II. Añadamos con Schelling, que el hecho de la ecsistencia de Jesucristo se nos representa *tal como el Evangelio lo ha descrito*.

Efectivamente, nada hay mas claro, mas original y distinto que la idea que todos nos formamos de Jesucristo. Podemos estar en duda acerca de la fisonomía moral de Sócrates ó de Caton, porque participan mas ó menos de las de sus contemporáneos, y hay muchas descripciones de sus costumbres que han permanecido en las sombras, y que acaso ganan mucho con esta dudosa oscuridad; pero respecto de Jesucristo es imposible que suceda nada de esto. Su luminosa faz se destaca sobre todo, y se presenta á nuestra vista en su místico aislamiento. No es posible formarse de él dos ideas: nombrarlo es hasta cierto punto verlo aparecer tal como el Evangelio nos lo ha representado. Es necesario observar tambien, y esto es notable, que la moral evangélica que en nuestros tiempos modernos ha sucedido á la ley natural, está formada no tanto de las palabras como de los ejemplos de Jesucristo. De aquí es, que los hechos de su vida han llegado á convertirse en una especie de patrimonio de las costumbres públicas, y como en el molde donde se funden todas las virtudes. Son todos tan claros y positivos, que nos valemos de ellos para comprobar y valuar todos los hechos morales que nos conciernen.

¿Se dirá tal vez que esa fisonomía de Jesucristo puede no ser mas que una concepcion imaginaria de los mismos evangelistas? A semejante observacion solo contestariamos: *en este caso el inventor seria mas admirable que el héroe* (1).

(1) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

Son tan naturales y patentes las numerosas pruebas que justifican la esactitud de estas últimas palabras, que es casi inútil enunciarlas.—Estas palabras sirven de conclusion á un elocuente pasaje de Juan Jacobo que todo el mundo sabe de memoria. Por esto no lo trascribimos; pero vamos á citar otro pasaje escrito en nuestros dias con menos entusiasmo (la verdadera fé, siempre acompañada de la razon, no tiene necesidad de ecsaltarse); pero con grande reflecsion y sabiduría.

"Casi siempre me ha parecido la mas fuerte prueba de una autoridad superior, impresa en la historia del Evangelio, el que el carácter santo y perfecto que nos describe, no solamente se diferencia de todos los tipos de perfeccion moral que los que escribieron aquel libro podian concebir, sino que al contrario les es espresamente opuesto. En los escritos de los rabinos tenemos abundantes materiales para construir el modelo de un perfecto institutor judío; tenemos las mácsimas y acciones de Hillel, de Gamaliel y del rabino Samuel, quizas imaginarias todas en gran parte, aunque marcadas todas con el sello de las ideas nacionales, todas formadas conforme á una regla de perfeccion imaginaria. Sin embargo, sus pensamientos, sus principios, sus acciones y carácter son infinitamente distintos de los de nuestro Redentor. Aficionados á querellosas controversias y á paradojas capciosas, defensores de los principios esclusivos de su nacion, partidarios celosos y obstinados de la conservacion de la mas pequeña coma de la ley, mientras por medio de sofismas engañosos se van separando de su espíritu: hé aquí lo que son la mayor parte de esos grandes hombres; la esacta semejanza y la imágen reflejada de aquellos escribas y fariseos, reprobados tan solemnemente como una contradiccion manifiesta de los principios del Evangelio.

"¿Cómo pudo suceder que hombres sin ninguna instruccion pensasen en pintar un carácter tan distinto bajo todos conceptos de su tipo nacional, poniéndose ademas en desacuerdo con el que el hábito, la educacion, el patriotismo, la relijion y la naturaleza parecian haber consagrado como el mas bello de todos? Si se quiere que semejante carácter sea inventado por el hombre, como ha imajinado la impiedad, la dificultad se aumenta todavía al observar que los escritores sagrados, refiriendo hechos diferentes, como San Mateo y San Juan, nos conducen al fin á la misma representacion, nos esponen igual retrato. Parece, al contrario, que esto mismo nos da la clave para resolver todas las dificultades; pues si pedimos á dos artistas que hiciesen cada uno una estátua que diese cuerpo á sus ideas de perfecta belleza, y que ambos espusieran al público su obra, cuya forma fuese igualmente tomada de tipos y modelos enteramente distintos de todo lo conocido hasta entonces en el pais; si estas dos estátuas se pareciesen completamente, es seguro que al consignarse un hecho semejante, pareceria casi increible, á menos que pudiera suponerse que uno y otro artista habian copiado el mismo original.

"Tal es, pues, el caso presente: tambien los evangelistas deben de haber copiado el modelo vivo que representan, y la conformidad de los rasgos morales que le atribuyen no puede provenir mas que de la esactitud con que respectivamente lo describieron. Todo esto aumenta nuestra misteriosa admiracion, porque no era seguramente como los demas hombres el que podia de tal manera distinguirse por su carácter de todo lo reconocido como mas perfecto y admirable por todos cuantos lo rodeaban; el que á pesar de manifestarse tan superior á todas las ideas nacionales de perfeccion moral, nada tomaba, sin embargo, del griego ni del indio, del ejipcio ni del romano; el que no teniendo nada de comun con ningun tipo de carácter conocido ni con ninguna ley de perfeccion establecida, puede no obstante parecer á cada uno el tipo de la escelencia que mas le encanta." (1)

Estas sabias reflecsiones, como todas las que hasta aquí llevamos hechas en el presente capítulo, tienen una doble tendencia: conducen á reconocer *la verdad* del carácter de Jesucristo, y al propio tiempo nos llevan á la conclusion de su divinidad y recíprocamente: brilla esta de tal modo en su persona, que se confunde con su realidad, y la prueba y justifica.

En efecto, la mejor prueba de la realidad de la persona de Jesucristo es que la perfeccion de su carácter es tal, que no es posible que el hombre la haya concebido, y menos aún que cuatro escritores oscuros, como los evangelistas, hayan acertado á pintarla de una manera tan conforme á lo que es en realidad, á pesar de la diversidad de detalles, y al mismo tiempo tan diferente de todos los tipos que podian tener á la vista. En este sentido puede decirse que no solamente la autenticidad del Evangelio prueba la verdad del carácter de Jesucristo, sino tambien que la divinidad del carácter de Jesucristo prueba la verdad del Evangelio.

Hay en la perfeccion del carácter de Jesucristo, tal como se nos presenta en las relaciones evanjélicas, algo de único, algo de inconcebible para el entendimiento humano; y es una perfeccion, notadlo bien, tan sublime y acabada, que no solamente eclipsa todo lo que habia habido hasta entonces de mas perfecto, sino tambien todo lo que despues ha podido producir el mismo deseo de igualarla. Hay solucion de continuidad entre ella y la perfeccion humana, y, como tambien dijo con admirable esactitud Juan Jacobo: *Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios.*

La perfeccion humana se halla dividida en nuestra especie de modo que se reproduce igualmente en diferentes sugetos, y se escede, si es permitido decirlo así, á sí misma. Si nos preguntan cuál es el mayor capitan de todos los siglos, de repente se ocurren á nuestra memoria casi simultáneamente los nombres de Alejandro, de César, de Carlomagno, de Napoleon y otros. Si nos preguntan por el mas grande orador, vacilamos entre Demóstenes, Ciceron, Bossuet y algunos otros. ¿Quién dirá, ha-

(1) Wisemann, *Discurso* 4.°

ciendo abstraccion de Jesucristo, cuál ha sido el mas sabio, fallando entre Anaxágoras, Sócrates, Platon, Solon, Numa y otros tantos? ¿Quién se atreverá, aun tomando por tipo á Jesucristo, á decir cuál es el mas santo entre todos los santos?..... Pronunciad el nombre de Jesucristo, y todo se presenta lleno de sombras, todo desaparece, y la idea de su perfeccion se conserva sobrenatural é incomparable. Plutarco se entretuvo en sus *Hombres ilustres* haciendo el paralelo de sus héroes, lo cual le fué muy fácil como lo será siempre entre los hombres. Solamente tratándose de Jesucristo es de todo punto imposible: es el *único* que no admite *paralelo*. Y reparad bien en la fuerza de esta observacion: cuando un hombre es realmente superior en cualquiera jénero, como Bossuet ó Miguel Anjel, su superioridad no es mas que relativa, no absoluta respecto de los otros hombres, pues aun cuando parezca que estos no han llegado á esa superioridad, la cosa es cuestionable, y convenimos en que no es imposible que suceda lo contrario. Respecto de Jesucristo, no solo es incontestable su superioridad, sino que podemos decir, permítasenos la espresion, que es *invariable*.—Todavía otra observacion: todos los grandes hombres son mas ó menos la espresion de su tiempo, el compendio y la flor de su siglo, al cual dominan, pero saliendo de él y como un vigoroso retoño de sus entrañas: es esto tan esacto, que un grande hombre no está nunca solo en el mundo y pertenece siempre á un gran siglo. Advertid ademas que nunca es tal la orijinalidad de un grande hombre, que no se encuentren en la descomposicion de su virtud ó de su genio algunos *filones* de imitacion que lo enlacen con sus antepasados. Limitándonos á los hombres virtuosos de los tiempos modernos, á los santos, podemos fácilmente conocer que todos ellos proceden de Jesucristo, que son imitadores suyos; pero ¿de quién procede Jesucristo, á quién imitó, de qué costumbres ó de qué sociedad es espresion? "Dicen que *Sócrates* inventó la moral; sin embargo, otros antes que él la habian puesto en práctica; él no hizo mas que presentar como lecciones aquellos ejemplos. *Arístides* habia sido justo antes que *Sócrates* hubiese definido la justicia; *Leónidas* habia muerto por su pais antes que *Sócrates* hubiese constituido en deber el amor de la patria; Esparta ecsistia mucho antes que *Sócrates* recomendase la sobriedad; y antes que él hubiese dado la definicion de la virtud, la Grecia abundaba ya en hombres virtuosos. Pero ¿dónde podia haber aprendido Jesucristo esa moral tan elevada y tan pura, de la cual él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se dió á luz la mas alta sabiduría, y la sencillez de las mas heróicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos...." (1)

En una palabra: la propiedad de la sabiduría de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es *increada*.—Pero lo que la distingue tambien muy esencialmente, es que es *creadora*. ¡Qué cosa mas prodigiosa si no es simplemente divina! Esta sabiduría incomparable que nadie ha podido ni podrá jamas igualar, es al propio tiempo *la mas imitable*, y la que mas discípulos ha engendrado. Todos los demas sabios no lograron influir, como dice Voltaire, *en las costumbres de la calle en que vivian*, y Jesucristo ha influido sobre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imájen, se ha hecho cristiano ó se encamina á serlo. Las mas profundas distinciones de costumbres, climas, figuras y colores que ecsisten entre los hombres y que tantos argumentos han sugerido contra la unidad de la especie humana, desaparecen á su presencia, y van á confundirse en la unidad de su imitacion y de su amor, hasta el punto de volver á encontrar en ella la prueba mas poderosa de aquella unidad de naturaleza que parecian combatir. "Por cierto, cuando vemos la manera con que lo siguieron los griegos, á pesar de no haber fundado ninguna secta entre ellos; la veneracion con que lo honraron los bramas, á pesar de haberles sido predicado por hombres de la secta de los pecadores; la adoracion que le tributó el hombre de color del Canadá, á pesar de pertenecer á la raza blanca que detesta, debemos considerarlo como destinado á destruir todas las distinciones de color, de forma, de figura y de costumbres; destinado á formar en sí mismo el tipo de la unidad, en la cual deben confundirse todos los hijos de Adan, y á darnos, en la posibilidad de esta convergencia moral, la prueba mas convincente de que la especie humana, por variada que parezca, es esencialmente una." (2)

Este punto merece llamar grandemente la atencion, y por esto insistimos en él: Jesucristo es el único cuya perfeccion no depende mas que de sí mismo; es el único que ha hecho imitadores, y con tal poder, que su accion se ha comunicado á toda la raza humana.

Añadamos tambien que él es el único que ha permanecido siempre superior á todos sus imitadores. Crió virtudes tan prodigiosas, que somos de parecer que una de las mas grandes señales de su divina superioridad es que nunca hayan llegado estas virtudes á aventajarlo, ni siquiera á igualarlo. Es achaque de las influencias humanas sepultarse en su triunfo, esto es, producir efectos que las aventajan y esceden. El discípulo borra la memoria del maestro, y cuantos mas sucesores este se da, mas rivales se prepara, porque no dispone ya sino de una fuerza que es comun á todos, y de la cual no es él mas que un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra; de él parten rayos de perfeccion que se reflejan hasta lo infinito en sus discípulos, y que brillan con el mas vivo esplendor de mil caractéres heróicos que dejan á la humanidad asombrada. ¡Qué caractéres, qué héroes, todos esos grandes santos que engendró el cristianismo! Su número es innumerable y su superioridad indecible. Pero á mas de que tantos méritos y perfecciones proceden y se encaminan á Jesucristo, que es su tipo directo, la perfeccion personal de este divino ejemplar se ha conservado tan superior, tan

(1) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

(2) Wisemann, *Discurso* 2.°

distante de todas esas copias, que seria impiedad y hasta locura el querer oponérselas.

Todos estos rasgos característicos de la persona de Jesucristo le son tan esclusivamente propios y lo separan tan profundamente del resto de los hombres, que la mas fria razon no sabe cómo no ver en él mas que un mero hombre, y la incredulidad tiene motivo de admirarse de sí misma y de buscar su orígen en otra parte que en la reflecsion.

Ademas, es tan esacto cuanto acabamos de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no se nos acusará de ecsageracion. Tambien este es otro rasgo de la sobrenatural perfeccion de Jesucristo que debemos admirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente y no tiene necesidad de que la justifiquemos. En su panegírico no cabe ecsageracion. ¿Dónde hay un hombre á quien pudiera aplicarse todo lo que acabamos de decir de Jesucristo? La verdad y amor propio se resentirian justamente de semejante pretension; á mas de que no hay nadie en la tierra cuyas alabanzas no ecsijan alguna restriccion. Unicamente Jesucristo agota todas las palabras: en él tan solo está autorizada la alabanza hasta la adoracion. La palabra *divino*, figurada é hiperbólica en cualquiera otro sentido, se convierte, aplicada á él, en propia y esacta; á nadie choca, ni aun entre los mismos incrédulos, y la humanidad la consiente sin orgullo y sin emvidia, porque ve que el que de ella es objeto no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos intérpretes del sentimiento universal, que nos proporciona una palpable confirmacion de la verdad de nuestra fé.

Bastaria para ello limitarnos á estas generalidades; porque, ¿cómo podriamos atrevernos á pintar detalladamente todas las perfecciones que brillan en nuestro adorable modelo? ¡Cuán divina debió ser la inspiracion que obligó á los evangelistas á abstenerse de semejante idea y concretarse á solo indicarla! ¡Qué conjunto de virtudes! ¡qué perfeccion en cada una de ellas! ¡cómo concuerdan entre sí sin perjudicarse unas á otras! ¡cómo se desarrollan sin incurrir, como las virtudes humanas, en esa especie de esceso que las hace degenerar en vicio! En él la bondad es sin flaqueza, el celo sin intolerancia, la firmeza sin soberbia, la humildad sin bajeza, la resignacion sin abatimiento, la paciencia sin vanidad, la caridad sin límites.

El carácter de Jesucristo es esencialmente verdadero y no ofrece nada de estremado ni contradictorio. La naturaleza humana se deja ver en él en todo el candor de sus legítimas emociones, y la naturaleza divina en toda la sublimidad de sus perfecciones. Cuando el hombre es virtuoso, lo es con frecuencia á costa de la verdad de su naturaleza, se remonta y se violenta, ya no es hombre, y á pesar de todo esto no logra escapar á mil debilidades que hacen traicion á su artificiosa grandeza. En Jesucristo no desaparece el hombre jamas, y goza la naturaleza de todos sus derechos; pero al propio tiempo las virtudes se ostentan en él sin debilidad, sin mancha, y tanto mas divinas, cuanto arreglan todos los sentimientos de la naturaleza humana, porque son por esto mismo mas verdaderas, y esta perfecta verdad constituye su divinidad. Jesucristo es virtuoso como un hombre que á la vez fuese Dios: como un HOMBRE-DIOS. En él, el hombre y el Dios se confunden. El Dios puede decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* y el hombre puede tambien decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de insensibilidad?* En la perfecta armonía de estos dos estados se descubre el Dios, y esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarlo, lo que hace que el modelo mas acabado sea al mismo tiempo el menos desesperante. Podemos quejarnos y llorar con Jesucristo; podemos evitar los sufrimentos, tolerar á los pecadores, amar todo lo que es amable, y hacerlo todo con Jesucristo. Juan Jacobo decia perfectamente: "Una de las cosas que mas encantan en el carácter de JESUS, no es solamente la dulzura y sencillez de las costumbres, sino la facilidad, la gracia y hasta la elegancia de todas ellas. No huia de los placeres ni las fiestas, concurria á las bodas, miraba á las mugeres, jugaba con los niños, le gustaban los perfumes, comia en casa de los banqueros. Era á la vez indulgente y justo, amoroso con los débiles, terrible con los malos. Su moral tenia atractivo, cariño y ternura; poseia un corazon sensible, y era hombre de escelente sociedad. Aun cuando no hubiese sido el mas sabio de los mortales, hubiera sido el mas amable de todos ellos" (1). ¡Y con todo esto, ó mas bien por esto mismo, nos convida, nos llama, nos hace subir con él á la cumbre de las mas eminentes virtudes, de los mas costosos sacrificios, hasta la cruz!

¡Qué de cosas se ocurren á la pluma en este momento! ¿Qué diremos, arrobados por tanta admiracion, pero contenidos por nuestra insuficiencia en espresarlas? ¿Referiremos lo de la *Magdalena*, lo de la *Samaritana*, lo de la *viuda de Naim*, lo de los *enfermos sanados*, lo de los *tiernos niños acariciados*, lo de los *humildes publicanos* escogidos, ó lo de los *orgullosos fariseos desenmascarados?* ¿Iremos á perdernos en la contemplacion de aquella pasion y muerte inefables....? ¡Qué bondad en todo, qué justicia, qué sabiduría, qué penetracion, qué verdad y qué perfeccion tan encantadoras! Los actos y palabras de Jesucristo en estas diversas circunstancias, han llegado á ser las eternas fórmulas de todas las virtudes, las mismas virtudes en ejemplo. Reparad cómo brilla, cuán divinamente se destaca de en medio de aquel pueblo estúpido, de aquellos doctores hipócritas, de aquellos soberbios fariseos y hasta de sus mismos discípulos, todavía intolerantes y groseros. ¡Ved cómo confunde con su verdad todos los errores, desbarata con su sabiduría todos los artificios, triunfa con su santidad de todos los vicios, alienta con su mansedumbre todas las debilidades; cómo agota todos los furores con su paciencia, y cuán de veras se compadece su bondad de todos los dolores!

¡Ah! ¡No hay duda, es el Dios salvador, es el buen Dios!!!

(1) *Carta* 3.ª